

EN OTOÑO

La caída de la hoja

Desde mi gabinete veo como la acacia del jardín comienza á despojarse de la pompa con que la primavera y el verano la engalanaron. De su espeso follaje, que violentos aires arrebataban, quedan algunos restos, adheridos á los manojos de ramas secas; son hojas ambaradas, verde claro y siena, cuyos tonos contrastan con el tronco ennegrecido por las lluvias.

A medida que el jardín se tapiza con los despojos de la acacia, descubro por entre el esqueleto del árbol lo que su insolente verdor me ocultaba tenaz durante el estío.

La calle, la encrucijada vecina y la casa de enfrente.

A veces, por algun claro del ramaje, percibía el brillo de los fusiles, cuando los soldados marchaban hacia el cuartel, al son de ruidosas charangas; igual que el brillo del charrolado carruaje de la marquesa, cuyo estrépito conozco.

También llegaba hasta mis ojos el resplandor de una lámpara que ilumina la habitación frontera, de donde supongo que partían unos estudios al piano, ejecutados todas las mañanas con rigurosa exactitud.

Hoy ha cambiado la decoración. Gozo el espectáculo de la calle, de la encrucijada y de la fachada de la casa. Comienzo á diferenciar los transeúntes accidentales de los transeúntes fijos, de aquellos obreros, costureras, empleados que pasan á horas determinadas ante mi balcón. La joven que aprende el piano, con rigurosa exactitud de método y de tiempo, sale todas las tardes á recibir el homenaje amoroso con que un señorito, plantado en la esquina, aviva la murmuración de la vecindad. Estoy satisfecho de que la enorme acacia haya venido tan á menos.

Los poetas comparan la caída de la hoja á la pérdida de las ilusiones. Concedido. Pero, así como las hojas secas, desprendidas del árbol, sirven para fertilizar la tierra, las ilusiones que el viento del desengaño arranca de nuestra alma fertilizan la vida aleccionándonos y prestándonos vigor. También, á merced del olvido, del ansia de lo infinito, de las maravillosas emanaciones de la fantasía, brotan en nosotros nuevas ilusiones hasta el fin de la existencia, como á favor de la sonriente primavera y de sus áuras tibias retoña todo follaje, y retoñará, si Dios quiere, la pompa

de la acacia de mi jardín, para volver á ocultarme la vista de la calle, de la encrucijada y de la casa fronteriza.

F. MOJA Y VOLÍVAR.

¿TE 'N RECORDAS?

A la simpática senyoreta A. T.

¿T' en recordas d' aquell dia
prenda mia,
que am la barca navegábam
y etern amor nos jurabam
am follia?

No recordas la tombada
de l' onada,
que á nostres peus serpenteija
y al passá en la sorra, deixa
esborrada?

¿Te 'n recordas joh, donzella,
meva estrella!
que en sa blanca espuma 's cria
l' amorosida armonia
que 's tan bella?

¿No sents clar lo suau rumor,
que am dolsor,
fa 'l zig-zag de l' oleatje
al arriivar á la platje
plena d' amor?

¿No comprens, idol del cor,
mon dolç amor,
que sols per ferme felis,
dels teus llavis un somris
ubriagador?

Donças no 't sápigas greu,
tu ets l' amor meu
y sols tu ets qui 'm fa content.
En que siga un sol moment
¡entregam, nena, 'l cór teul

JOAN JOFRE AVELLÍ.

HOMERO

(Continuación)

Esto es suficiente para probar que la glorificación de Aquiles como el héroe griego por excelencia, ante el cual todos los demás se inclinan, y el único que puede vencer á los